



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 41.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redacción y administración, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

ADVERTENCIA.

Como habrán visto nuestros suscritores, con los números últimos que han recibido, les hemos enviado también sus respectivas liquidaciones, con el objeto de que, haciéndolas efectivas, pueda esta Administración arreglar la contabilidad desde primero de año.

Casi todos han correspondido a nuestros deseos abonando sus atrasos, y por ello les damos las mas expresivas gracias; pero como algunos no lo han hecho aun, no por falta de voluntad sin duda, sino por no haber, quizá, oficinas del Giro mútuo en el punto donde residen, les advertimos que pueden efectuar el pago, mandándolo en sellos de franqueo, pues esto es fácil en todas partes; suplicándoles, sin embargo, que prefieran los de 10 céntimos, por ser de uso más corriente.

SUMARIO.

Epifania ó adoracion de los Santos Reyes, por don Pedro Larra y Zurrueña.—**Doña Blanca de Castilla**, leyenda, por D. F. Fernandez Villabril.—**La Concepcion de Maria**, poesia, por don Francisco Diaz Carmona.—**El Devocionario**.—**Variedades**.

EPIFANÍA (1)

Ó ADORACION DE LOS SANTOS REYES.

(A LA SEÑORITA DOÑA I. C. S.)

Castigados por Dios con el diluvio universal los perversos descendientes de Cain y de Seth, se pobló de nuevo el mundo por los tres hijos de Noé, Sem, Can y Jafet: mas no por esto cejó la nueva prole en la carrera de la depravacion y del oprobio, antes al contrario, á medida que se multiplicaban, desarrollábanse con grande intensidad los vicios y el desquiciamiento de la humana naturaleza.

En lugar de adorar y glorificar á Dios, fué cundiendo la relajación, aumentando los errores

(1) Viene del griego *epi*, sobre, *phaino*, *phainein*, aparecer, manifestarse.

del gentilismo y las sutilezas de la idolatría, venerando y ofreciendo holocaustos á la luna, al sol, á los oráculos de las Sibilas, á los ídolos de madera, piedra, oro ú plata; erigiendo altares á Apolo, á Venus á Marte, á Baco y á otros muchos; la doctrina estéril y metafísica, pregonada por aquellos ensoberbecidos filósofos, en su apogeo la esclavitud, el vínculo matrimonial ultrajado, y por fin, el lujo y la disipacion imperando por todas partes.

Ante enfermedad tan grave, imposible era hallar en la naturaleza el grande remedio que se necesitaba, á cuyo efecto, apiadado el Supremo Hacedor de que su divina obra se manchara y envileciera de tal modo, resolvió cumplir lo tantas veces profetizado, apareciendo en la tierra el Mesías, el médico celestial.

Solo con las sábias doctrinas del cristianismo podia restablecerse la perdida sociedad, mejorándose la condicion de la mujer, elevándola de sierva al rango de compañera, enaltecerse el matrimonio haciéndolo sacramento, romperse las cadenas de la esclavitud, imperar la humildad aconsejando á todos, como dice el evangelista San Mateo, á *dar al César lo que es del César*, inclinando al hombre á que aceptase la pobreza y abandonase la ostentacion, despreciase la carne contemplando lo infinito, y obtuviese con la aparicion del sol de la justicia, que los gentiles abrazaran la verdad y abjuraran el error, quedando sujetos á la vara y cetro de Jesucristo, conforme lo profetizado por Balaam cuando dijo: «Nacerá una estrella de Jacob y una vara de Israel, la cual sujetará á los capitanes de Moab, y destruirá á los hijos de Seth y será señora y poseedora de Idumea.»

Y así, á los 5.199 años despues de la Creacion del mundo, á los 2.957 despues del Diluvio, á los 42 del imperio de Octaviano, y cumplidas las 65 semanas de Daniel y las demás profecías, vino el tan dichoso y memorable dia en que el Hijo de Dios, el descendiente de la casa de David y de Abraham, tomando carne humana, viniera á salvar el mundo, haciéndose conocer de ricos y pobres, de grandes y pequeños, de sábios é ignorantes, para así juntar en uno el culto y la religion, dándoles á conocer un solo Dios y destruyendo los que en sin número adoraban los ídólatras y los gentiles.

Nació, pues, á media noche del dia 25 del crudo y helado Diciembre, el Redentor del mundo, el Señor de los Señores, el Rey de los Reyes, eligiendo por morada de su nacimiento el pesebre de una humilde choza de la triste y pobre aldea llamada Belen, cercana á la ilustre, populosa y real ciudad de Jerusalem.

Celebrado fué tal acontecimiento por los ángeles, quienes fueron á adorarle y reconocerle por su Príncipe y Señor, pregonando luego tal nueva á Jacob y demás pastores de las cercanías de Belen, que sabedores de ello y guiados por las señas que les dieron los ángeles, se dirigieron llenos de gozo á la humilde mansion, para tributar culto al Niño Dios, revelando luego á sus compañeros lo que habian hallado y visto.

Como cosa providencial, pues que así lo era todo, en el mismo dia é instante de este feliz nacimiento, vieron aparecer los habitantes de Oriente un esplendoroso cuerpo mixto, á manera de estrella, de excesiva brillantéz.

Objeto de muchas cavilaciones fué aquella fenomenal aparicion, en la que se fijaron especialmente tres ilustres doctores, á los cuales la Iglesia apellida *Reyes*, fundándose sin duda en aquellas palabras de David: «Reges Thasis et insulæ munera afferent;» Reges, etc.; significando que los Reyes de Tharsis, de las islas, los Reyes de Arabia y de Sabá, traerian dones á Cristo, y todos los Reyes le adorarian, y todas las gentes le servirian. Apoyándose tambien, para aseverar este aserto, en la tradicion de la Iglesia, en las Sagradas Letras, pinturas antiguas y modernas, en la autoridad de los padres San Cipriano, San Ambrosio, Gerónimo, Teofilato, Tertuliano y otros, juntamente con el uso de aquellos tiempos en que se daba cetro y mando á los varones más sabios.

Creyeron aquellos tres monarcas, llamados Gaspar, Baltasar y Melchor, que la luz y claridad eterna era venida al mundo, pues que la aparicion de aquella estrella les recordó la de Jacob, profetizada por Balaam anunciándoles la venida del Mesías, motivo suficiente para que se determinaran á seguirla.

Inspirados por un sentimiento desconocido, y llenos de una fervorosa luz interior, abandonando patria, amigos, bienes y parientes, partieron el 25 de Diciembre *con buena diligencia en los camellos y dromedarios para llegar á Belen*, (segun nos refiere de esta manera la sagrada Escritura;) más no del verdadero Oriente, como ya así mismo ellos anunciaron cuando dijeron: «Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus etc.» sino de Arabia feliz, ó tierra cercana de ella, que respecto á la Palestina era oriental, llegando á Jerusalem á los trece dias de viaje; en cuyo momento se les ocultó la estrella, motivo por el cual tuvieron que preguntar ¿dónde está el que ha nacido rey de los judios?

Sabedor de eso el tirano Herodes que á la sazón reinaba en la real Jerusalem, convocando á

los sacerdotes y escribas, les preguntó: ¿Dónde ha de nacer el Salvador? contestando unánimemente que en Belén, según la profecía de Miqueas.

Lleno de terror este Príncipe, llamó á aquellos tan ilustres varones, quienes fueron sucesivamente interrogados por éste, que fingiendo veneración, les exhortó á que siguieran su camino y que á su vuelta le darian noticias exactas de lo que vieran y hallaran, para ir luego él á adorar al recién nacido.

En efecto, despedidos de Herodes, salieron los Magos de Jerusalem, volviendo luego á divisar la escondida estrella, que conduciéndoles á Belén, se posa con más esplendor sobre la puerta del divino albergue, para indicar á los orientales reyes, que en aquel pesebre habia el tesoro del mundo escondido, el Mesias esperado.

Entraron estos magnates en la miserable estancia, y hallaron al nuevo Rey en los brazos de su Madre, tiritando de frio, envuelto en pobres pañales, y reinando por doquiera en torno suyo la santa humildad.

Le ofrecieron el alma adorándole, el cuerpo postrándose, y los bienes temporales prodigándole oro, incienso y mirra, significando con el oro que era rey, con el incienso que era Dios y con la mirra que era verdadero hombre; cumpliéndose lo predicho por Isaías cuando anunció la venida de los reyes, y el vasallaje y presente con que le reverenciarían y adorarian.

Recibieron en cambio estos varones luz, amor y salud para sus cuerpos y para sus almas.

Cumplida su misión, despidiéronse del Niño Dios y de su divina Madre, decidiendo su regreso volviéndose por Jerusalem; mas el ángel del Señor se les apareció en sueños indicándoles que abandonaran el camino por donde vinieron, y cruzando montes, emprendieron su viaje por toscos senderos, para evadirse de las tropas y corifeos del tirano Herodes.

Así lo efectuaron, y llegados á su patria, hicieron partícipes de tan sublime nueva á todos los habitantes de sus países, manifestándoles que era ya nacida la ley de la verdad, y venido al mundo el crisol de las virtudes, para libertar al género humano del triste yugo que por tantos siglos le habia tenido sumido en las tinieblas de la oscuridad.

Denominábanse Magos á dichos varones, no porque engañaron á Herodes, no volviendo más junto á él, ni porque fueran hechiceros y dados á las artes mágicas, sino porque eran varones eminentísimos, siendo llamados escribas por los hebreos, por los griegos filósofos, por los latinos sapientes, por los egipcios profetas, por los in-

dios gimnosofistas, por los galos druidas, y en lengua persa, Magos, porque eran los más sabios y entendidos en la contemplación de los cielos y en el curso y movimiento de las estrellas.

Créese, que las reliquias de estos primeros héroes del cristianismo, fueron primero trasportadas de Persia á Constantinopla, á instancias de Santa Elena, después en tiempo del emperador Emmanuel las llevaron á Milan, donde se opina que estuvieron 670 años, hasta que, saqueada esta ciudad por Federico Barbaroja en 1163, fueron trasladados á Colonia, donde se conservan con especial veneración.

Remóntase á remota antigüedad la celebración de la solemnisima fiesta de la Epifanía, pues según se desprende de las actas del martirio de San Felipe de Heraclea, era ya conocida en el siglo IV.

Entre los griegos tenia lugar esta fiesta, el mismo día del nacimiento del Señor; más tarde se trasladó al día 6 de Enero, y desde San Juan Crisóstomo se celebró el 25 de Diciembre.

Empero en la Iglesia latina vemos celebradas estas dos festividades en dos días distintos, tal como lo verificamos nosotros ahora.

A imitación de lo que hoy aún hacen los griegos, celebrábase la Epifanía por la Iglesia latina con extrema profusión de iluminaciones; origen sin duda de lo que aún se efectúa en algunas diócesis, de presentarse en este día, unas velas coloradas que se llaman las «*Candelas de los Reyes*».

Conocemos ya la historia de tan insignes atletas del cristianismo; mas no es eso bastante para los verdaderos cristianos. No debemos concretarnos á la admiración de hecho tan memorable, sino que, convencidos de ello, poner en práctica todo cuanto con tan brillante ejemplo nos trazaron aquellos héroes, y abandonando falsas doctrinas y abominables vicios, llegaremos á cumplir nuestro cometido en esta vida, haciendo méritos para alcanzar el dichoso fin del hombre, esperando que Dios colme nuestros esfuerzos con la eterna bienaventuranza.

PEDRO SERRA Y TURRUELLA.

Barcelona 15 Diciembre 76.

D.^a BLANCA DE CASTILLA.

Una embajada francesa en la que figuraban los más ilustres barones y más poderosos señores del reino, presididos por el condestable Mateo de Montmorency, llegó en el de 1200 á la corte del rey don Alfonso el octavo de Castilla. El principal ornamento de la corte le formaban entonces las dos jóvenes princesas, doña Urra-

ca y doña Blanca, hijas del rey don Alfonso, pues doña Berenguela, la mayor de las tres hermanas, ya estaba casada con el rey de Leon. El objeto de los franceses no era otro más que el de pedir y llevarse para esposa de su monarca, á una de las dos jóvenes princesas, cuya hermosura, discrecion y relevantes prendas tenia bien divulgadas la fama por el vecino reino. Habia además poderosas razones de estado que aconsejaban este enlace. El rey Felipe Augusto, cuyos triunfos corrian parejas con su ambicion, buscaba entre todas las princesas de Europa una digna compañera para su hijo Luis VIII, á quien amaba en extremo, por ser el único fruto de su enlace con Isabel de Hainaut, tan tiernamente amada, como prematuramente perdida. Trató primero de casarle con Eleonora de Inglaterra, hermana de Artur de Bretaña, mas habiéndose roto las negociaciones entabladas con dicho objeto, se renovó la animosidad entre Juan Sin-Tierra y Felipe Augusto, y los dos hermanos ingleses pudieron ya sospechar la suerte que les estaba reservada. Al fin Juan de Inglaterra y Felipe Augusto de Francia se convinieron en poner término á las hostilidades, con tal que Luis VIII se casase con una de las hijas del rey de Castilla, de modo que estas princesas, aun antes de su enlace, ya eran prenda segura de la paz entre dos tan poderosos estados de Europa.

Cuando el condestable de Montmorency y los señores de su séquito fueron presentados ante el sólio régio en que se ostentaba Alfonso VIII, acompañado de sus dos hijas, asombrados se quedaron, más que de la grandeza de la corte castellana, con el aspecto de las dos jóvenes princesas que habian de ser objeto de su eleccion. Las dos eran ángeles de hermosura, y si en la una predominaba aquel ademan de altivez que tan bien se aviene con la megestad, habia en la otra un aire de modestia, una expresion de bondad inalterable, que la hacian mil veces más encantadora. Dudosos estuvieron los franceses en decidirse por una de las dos doncellas: las dos tenian reputacion de virtuosas y discretas, las dos eran bellas y magestuosas, y al fin hubieron de decidirse por la menor, por Blanca, que apenas contaba catorce años, protestando que no lo hacian por que fuese de mayor perfeccion que su hermana, sino porque así convenia como más proporcionada á la edad de su rey, y porque este nombre, Blanca, era más suave y familiar á la lengua francesa, en la que no hacia buena consonancia el áspero nombre de Urraca. Razon es esta que miran como muy plausible los historiadores; pero queda motivo

para sospechar que los embajadores vendrian bien informados de la que habian de escoger, y atendido el carácter de Blanca, casi seguros de lo mucho bueno que de ella podrian esperar.

(Continuare).

LA CONCEPCION DE MARIA.

NAZARETH! Blanca paloma
Que duerme en nido de flores!
Albergue de ruiseñores
Que al pié de un collado asoma!

Más nevada que el armiño
Entre naranjos descuella
Risueña, tranquila, bella,
Como los sueños de un niño.

Es alta noche; es la hermosa
Hora de encanto y misterio,
En que, sujeto al imperio
Del sueño, el mundo reposa.

Ni el más ligero rumor
Turba esta calma suave;
Duerme en las ramas el ave,
Y sobre el césped la flor.

Todo cesa, todo calla...
Parece que la creacion
En muda contemplacion
Ante su Creador se halla.

Y porque sombra importuna
No oculte al alma esta escena,
Baña la extension serena
Con su tibia luz la luna.

Pero ¡ay! quizá alguno gime
Do todos tranquilos duermen,
Quizás del dolor el germen
Algun corazon oprime.

Acaso en la solitaria
Hora de paz para el suelo,
Salva la extension del cielo
Una doliente plegaria.

Y es cierto! Con ánsia cruel
Llora en su asilo una anciana,
Llámanla la estéril Ana
Las mujeres de Israel.

Ay! que en su suerte severa
Dios tal vez su union maldijo:
¡Ella no tendrá por hijo
Al Mesías que se espera!

¡Estéril! exclama; el mundo
En vano mis canas honra;
Pesa un padron de deshonra
Sobre mi seno infecundo.

¡Estéril! Y en mar hirviente
De triste llanto se anega,
Y gimiendo, se doblega
Al dolor su mustia frente.

Y por el sueño vencida
Al cabo y por la tristeza,
Lenta inclina la cabeza,
Quedando en su aïan dormida.
Pero ¡oh ventura! un instante
Después, cuadro hermoso y nuevo
Sueña ver... gentil mancebo
Se le presenta delante.

«No temas! soy Rafael»,
La dijo, «cesa en tu afán,
Ya estéril no te dirán
Las mujeres de Israel.
»Porque Dios quiso en tí hacer
Un signo de su grandeza;
Dentro de tu ser empieza
A alentar un nuevo Ser!

»La que en tu seno se encierra
Será luz de la hermosura;
¡No manchará su faz pura
El hálito de la tierra!

»Virgen y Madre será,
Y MIRIAM habrá por nombre,
Virgen llamará el hombre,
Y su Madre Jehová.»

Nazareth! Virgen que asomas
Entre naranjos y flores;
Nazareth! nido de amores
Donde duermen las palomas.

Alégrate! fué cumplida
Tu suerte; muéstrate ufana;
En el seno de una anciana
Ha germinado la vida.

Que tus doncellas levanten
A Dios un himno sonoro,
Y al compás del arpa de oro
Su eterna grandeza canten.

Que de Ana la estéril ya
Nace, porque al mundo asombre,
La que habrá MIRIAM por nombre,
Y Madre de Dios será.

FRANCISCO DIAZ CARMONA.

EL DEVOCIONARIO.

(Conclusion).

—¡Cómo!.... ¿Pagará el ministro nuestro viaje á Inglaterra?

—Sí, yo arreglaré ese asunto.... Pero ¿qué ha sido de su padre de V.?

—¡Ay! mi padre hace mucho tiempo que ha muerto.

—¡Muerto! ¿Y su madre de V.?

—Ya comenzaba á mejorarse; pero los pesares y la necesidad la han obligado á recaer. Sin embargo, si pudiésemos volver á nuestro país, acaso nuestra suerte se mejoraría.

—Bueno, respondí: siéntese V. ¿Tendrá V. valor?

—¡Dios mío!... ¿Pues qué tengo que hacer? ¿Qué me quiere V. decir? ¿Tengo que experimentar nuevas desgracias?

—No, no, al contrario; quiero dar á V. parte de su dicha, solo que temo que V. no pueda soportarla como ha soportado el infortunio. ¿Se halla V. con fuerzas para escuchar nuevas dichosas, muy dichosas?

—¡Hable V., hable V!....

—En primer lugar, su madre de V. no volverá á experimentar mas privaciones.

—¡Ah! gracias! exclamó juntando sus manos.

Abrió el cajón de mi mesa; cogió el devocionario y se lo enseñé diciendo:

—¿Conoce V. este libro?

Le cogió admirada; miró la portada, y descubriendo los versos escritos por sir Arturo, se puso todavía mas pálida que estaba: yo me asusté tambien; pero poco á poco ví reaparecer la sangre en la piel trasparente de la jóven, entonces la dije:

—Valor, señorita, valor. ¿Cómo quiere V. que yo continúe si se manifiesta tan abatida?

—¿Pero qué puede V. decir además?.... ¿Dar á mi madre los cuidados que su salud exige no es la sola dicha que espero.... al menos en España?

Comencé á vacilar. Antes de hablarla de Arturo, quise saber si era digna de él.

—V. tiene confianza en mí, ¿no es verdad? Pues bien, esté V. tranquila por lo que respecta á su madre; la enviaré mi médico; recibirá todo cuanto pueda serla útil... ¿Por qué llora V. tanto? Ya que ha escuchado lo que la he dicho hasta ahora, tenga V. al menos mucha sangre fría para oír lo que resta. Pero primeramente es preciso que V. me refiera exactamente lo que le ha sucedido desde que salió de Inglaterra. Ya sé parte de sus aventuras; tengo necesidad de saberlas todas.... Pero tenga V. presente una cosa, y es que si omite la menor circunstancia, no me ocuparé mas de V.

La inglesa habia dejado de llorar, y me miraba con cierta inquietud y embarazo que me desagradó. Me acordé de las palabras equivocadas de la portera y me estremecí.

—¿Lo ha entendido V.? franqueza ó renuncio á protegerla.

—No conozco á V. lo bastante, respondió, y no debo confiar á un extranjero lo que voy á decir. Pero no me haga V. traicion. Prométame V. no revelar nada á nadie.

—Lo prometo, hábleme V. francamente y sin temor.

—«Solo para traer á mi madre á un clima mas caluroso, abandonamos á Inglaterra. Primero hemos estado en Sevilla, donde vivimos muy tristemente, pues mi padre, antiguo oficial de marina, lleno de honor y lealtad, no disfrutaba mas que una renta muy módica, y las enfermedades cuestan mucho. Para colmo de desgracia ninguno de nosotros sabia el español; sin embargo, mi madre se iba mejorando bastante, pero al poco tiempo dejaron de pagar á mi padre su renta. Escribió á Lóndres á su banquero, y le contestaron que se habia fugado llevándose el dinero de sus acreedores. Esto fué para nosotros una sentencia de muerte, pues habíamos agotado nuestro dinero, y habíamos tenido que vender nuestros vestidos, nuestros muebles, y no teníamos ni aun para comprar pan.

«Mi padre logró una colocacion en la empresa del Guadalquivir como inteligente en la marina, pero desde el primer dia que fué á bordo, se reverdecieron sus heridas y volvió á casa amarillo, temblando y lanzando miradas que me parece siempre estarlas viendo. Mi madre procuró consolarle, y mi padre mandó que se callara: yo me aproximé á él y me rechazó con aspereza, pues su carácter se habia agriado con el hábito de la desgracia.

«Pasé á sentarme al lado de mi mamá y quedé apoyada sobre su hombro todo el dia llorando y sin comer. Mi pobre madre no se determinaba á llorar, pero de vez en cuando me besaba la frente y sentia que sus labios brotaban fuego.

«Cuando llegó la noche, dijo mi madre con su voz dulce: «William; tú no has querido vender todavía las pistolas que te regaló el almirante, y esta pobre niña tiene hambre.»

«Mi padre se levantó sin responder, descolgó las pistolas de la pared, las miró portodoslados, y observé que gruesas lágrimas caian de sus ojos. Sola una vez le habia visto llorar: no puedo expresar á V. el efecto que produjeron en mí sus lágrimas. «Papá, exclamé, no las venda V... No tengo hambre ahora, y creo que podre dormir.»

«Salió sin decir una sola palabra y creimos que iba á vender sus pistolas; pero tardó mucho tiempo en volver. El reloj de la Giralda tocaba sucesivamente las horas de la noche y mi padre no venia. Mamá me decia, «duerme, mi pobre Mary: tu padre no ha encontrado tiendas abiertas y no quiere ser testigo de tus sufrimientos. Duermes, hija mia; mañana temprano te traerá de almorzar.» Pero de todos modos, yo estaba sobresaltada; tambien lo estaba mi madre á pesar de cuanto decia, y conocí que queria disimular: la sentia estremecerse al menor ruido; oia

su respiracion entrecortada, y sus tormentos aumentaban los míos.

«Así se pasó la noche; noche larga y fria; por la mañana entró mi padre y arrojó á nuestros pies una hogaza de pan: «Ya teneis viveres,» dijo, y sin tocarlos se sentó en un rincon.

«Su voz me causaba miedo y no me determinaba á comer. Mi mamá se levantó lentamente, se acercó á él, quiso abrazarle; pero mi padre la rechazó con aire feroz, y el movimiento que hizo con los brazos, abrió su levita y dejó ver las culatas de sus pistolas que brillaban en su pecho. Mi madre volvió á mi lado llorando amargamente.

«Por espacio de ocho dias vivimos así. Mi padre salia todas las noches con sus pistolas, y por la mañana nos traia provisiones; pero se obstinaba en guardar silencio, y no queria ni aun sufrir nuestras caricias. «No soy digno de vosotros,» decia encolerizado.

«Al noveno dia entró agitado á eso de las doce de la noche.

—«Venid, dijo, es menester partir.

—«Partir, Dios mio! ¿Y por qué?

—«No hay que preguntar, salgamos volando.

Me cogió del brazo y casi me arrastró: no teníamos nada que llevar con nosotros, partimos en seguida.

«Hacia frio y la luna se ocultaba con frecuencia detrás de las nubes. Salimos por la puerta de Jerez, y ya nos encontrábamos cerca del cementerio llamado de San Sebastian, cuando oímos voces de hombres y pisadas de caballos, volvimos la cara y vimos relucir armas; entonces mi padre nos dijo con voz varonil. «Giremos á la izquierda.» Obedecimos, pero apenas habíamos podido ocultarnos arrimándonos á los fosos de la fábrica de tabacos, cuando nos hallamos frente á frente de unos cuantos soldados de caballería.

«Á este mismo tiempo oí una detonacion y vi á mi padre caer á mi lado.... ¡Se habia levantado el cráneo con una de sus pistolas! Nos hincamos de rodillas al lado del cadáver, y despues de haber llorado mucho, comprendimos el heroismo de su doble crimen.

«La policia recogió el cadáver y nosotras le seguimos llorando; nos llevaron delante del jefe político que felizmente tuvo lástima de nosotras, y gracias á su compasion, despues que consagramos los últimos deberes á mi desgraciado padre, pudimos venir á la corte. Mi madre creyó encontrar los medios de volver á nuestro pais; mas esta última esperanza tambien nos salió fallida.

«Con tan repetidos golpes, mi madre volvió á

caer enferma, y entonces me decidí á implorar la caridad de los grandes señores. En mas de una ocasion me ha faltado el valor y he vuelto á desandar lo andado; pero mi madre sufría, sin lumbre, sin pan!.... En fin, yo he recurrido á V. y gracias á su generosidad, mi petición ha tenido éxito si he de juzgar por lo que me ofrece.»

—¿Esa es su historia de V.?

—Sí señor.

—¿Y V. no ha encontrado otros recursos? ¿No le han hecho á V. ofertas de otra naturaleza?

—No; respondió fijando en mi sus ojos llenos de candor.

—Pues bien, lo que yo prometo á V., no es un débil socorro; es mas que una gran fortuna todavía.

—¡Cielos! ¿Qué me está V. diciendo? ¿V. sabe por ventura...?

—Lo sé todo y conozco al que ha escrito estos versos.

—¡Arturo!.... ¡Dios mio! Y a su enfermiza palidez sucedió un carmin que hizo resaltar su grande belleza, en la que hasta entonces habia reparado muy poco.

—Por caridad, prosiguió, no me deje V. en esa incertidumbre.... ¿Sabe V. dónde vive?

—Sé donde vive; y prometo á V. que será dichosa con él, y que V. le devolverá la alegría y la salud, pues sufre tanto como V. misma.

Cayó sobre el sillón y comenzó á sollozar; yo la miraba sin atreverme á interrumpir su llanto. De repente se levantó.

—¿Y mi madre?... mi pobre madre á quien estamos olvidando? ¡oh! corro á darle parte de nuestra ventura!

—Tiene V. razon.... Vamos, vamos pronto.

La ofrecí mi brazo y salimos del ministerio como dos antiguos amigos.

La jóven me condujo á la plazuela de Santo Domingo, y habiéndome hecho subir á la buardilla de una casa vieja, me rogó que la esperase un momento, á fin de prevenir á su madre. Cuando me mandó pasar me conmoví al ver aquella pobre mujer sentada en un mal gergon en el rincón de la miserable estancia. Aunque su rostro revelaba sus muchos sufrimientos, todavía se podia juzgar de su extraordinaria belleza.

Demostro, como su hija, la mayor satisfaccion cuando la hicimos saber el cambio de su fortuna; pero al añadir Mary:—Y lo mejor del asunto es, que este caballero sabe donde vive Arturo, se vió aparecer en su semblante un rayo de alegría, y exclamó con un acento que salia del alma. «Hija mia, mañana aunque muera, muero en paz.»

Referí la historia del jóven inglés; dije que estaba en Madrid, y prometí llevarle á su presencia lo mas pronto posible; las dos inglesas se postraron de rodillas y dieron gracias á Dios.

Fuí á casa de mi amigo el doctor N.... le hice partícipe de mi aventura, y marchamos juntos á ver á sir Arturo. Á pesar de nuestro buen tacto al darle aquella nueva, creímos que se volvia loco de alegría; cuando llegamos á la casa de su prima, ya no tenia Arturo ni fuerzas para subir la escalera, y nos vimos obligados á sostenerle; pero cuando vió la miserable buardilla que habitaban sus parientas, se volvió á nosotros con una expresion de dolor y de compasion que es imposible describir.

Abrió la puerta muy despacio: sir Arturo vió á Mary, y lanzando un profundo grito se precipitó en sus brazos; la escena que presencié quedará impresa en mi memoria mientras viva.

El doctor N.... examinó atentamente á la enferma, y nos respondió de su curacion, con tal que pasase á vivir á Italia y que olvidara sus desgracias.

Un mes despues los vimos partir á todos; Arturo me escribe con frecuencia; se ha establecido cerca de Roma en una casa de campo que ha hecho amueblar con lujo y elegancia á estilo de Inglaterra. Por el último correo he recibido una carta suya en que me anuncia el completo restablecimiento de la enferma, y que Mary, hoy ya su esposa, ha dado á luz una hermosa niña. «Todas las noches, me dice, damos gracias á Dios por la felicidad que disfrutamos, haciendo uso del devocionario que conservamos con un respeto casi supersticioso y legaremos á nuestra hija como la alhaja mas estimable. Jamás en nuestras oraciones nos olvidamos de V. ni del buen doctor; diariamente hablamos de ambos con el entusiasmo propio de amigos á quienes debemos la vida, y si recordamos lo pasado, es solo como un sueño que hace mucho mas agradable lo presente.»

VARIEDADES.

APARICIONES

DE NUESTRA SEÑORA EN MARPINCEN.

Ha llamado mucho la atencion de Alemania lo ocurrido en Julio último en el pueblo de Marpingen, del distrito de Wendel, provincia de Tréveris.

Los hechos acreditados por infinidad de testigos imparciales son los siguientes:

El día 3 de Julio, el siguiente al de la Visitación de Nuestra Señora, tres niñas de ocho á diez años, llamadas respectivamente Susana Leist, Catalina Hubertus y Margarita Kunz, fueron por la tarde á un pinar próximo al pueblo á cojer fruta silvestre.

De pronto Susana da un grito llamando á las otras dos, y al poco rato entran las tres espantadas en el pueblo, diciendo que habian visto una Señora vestida de blanco.

Los padres se burlaron de ellas y las riñeron, pero las niñas se mantuvieron firmes en lo que habian dicho, y al día siguiente sus parientes y otras muchas personas las acompañaron al lugar indicado por ellas, llenos todos de respeto y de cierto temor.

Las niñas se adelantaron unos veinte pasos antes de llegar al sitio, y empezaron á rezar el *Padre nuestro* y *Ave María*; y cuando lo habian repetido tres ó cuatro veces, exclamaron de pronto Catalina y Margarita que veían á la Señora.

Se levantó Susana yendo á arrodillarse frente á las otras dos, pero no volvió á ver la Aparición despues del día anterior.

Las niñas preguntaron por órden de sus padres quién era la aparecida, y la respuesta fué: «Yo soy la Inmaculada Concepción.»

Las niñas preguntaron qué queria que hiciesen, y les contestó: «Rezar mucho.»

Otra vez los padres les mandaron preguntar á la Aparición lo que deseaba, y les dijo que construyesen una capilla en aquel sitio.

Preguntaron si podían llevarse allí personas enfermas, y la respuesta fué afirmativa, despues de lo cual la Aparición se perdió de vista lentamente; pero la gente permaneció allí mucho tiempo todavía, rezando el Rosario y otras oraciones.

Al siguiente día se repitió la escena á la misma hora, con iguales preguntas y respuestas, ante mayor número de personas.

El Párroco, que habia estado ausente, regresó aquella noche, y al otro día despues de la misa, mandó llamar á las niñas, á quienes examinó detenidamente, encontrándolas enteramente conformes en sus declaraciones, y las despidió diciéndoles que el consejo de rezar mucho era muy bueno y que harían perfectamente en seguirlo. Ni él ni ninguno de los sacerdotes de la localidad manifestaron su opinion públicamente por aquellos días.

Tan pronto como empezó la controversia sobre estos hechos, el Párroco escribió al periódico *La Germania*, dándole cuenta de una curación singular relacionada con ellos.

Habia allí una niña de siete y medio á ocho años, muriéndose de tisis, á quien habia administrado ya la Santa Unción, y era admirable que viviese, atendido el estado extremo á que habia llegado. La niña habia oído hablar de la Aparición, y dijo de la manera que pudo algunas oraciones, pidiendo además á su madre que la llevase al sitio. Otras personas tambien se lo aconsejaron, y la madre trasladó á la enferma en brazos moribunda.

Al día siguiente, al entrar la madre en su casa al medio día, se admiró viendo andar á su hija sin auxilio de nadie: se habia levantado sola, se habia vestido y salido por su pié á la puerta.

El Párroco, habiendo oído hablar de esta curación, fué á la casa y encontró á la niña sentada en una silla y cuidando de un hermano pequeño.

La policía la hizo examinar por el médico oficial del

distrito, que conocía bien su anterior situación, y declaró que no podía encontrar ahora señales de su enfermedad.

Multitud de personas se trasladaban al bosque, sin desórden de ningún género, rezando el Rosario, las Letanías y cantando himnos, mas los periódicos de cierto color comenzaron á dar cuenta de esto en tono desvergonzado y blasfemo, representando la aparición como preparada por los Curas para promover un movimiento de insurrección ultramontana.

Bajo el pretexto de peligrar la paz pública se envió á Marpingen una compañía de soldados, que al llegar encontraron á más de mil quinientas personas orando en el monte.

El capitán les mandó dispersarse, acompañando la órden con malos tratamientos. Algunos fueron golpeados con las culatas de los fusiles; y un hombre herido de un bayonetazo.

Un inspector de escuelas de la localidad, que no ha consentido en declarar que «era una impostura,» ha sido destituido con frases denigrantes, prohibiéndosele volver á poner los piés en ninguna escuela de la provincia.

La policía ha publicado una órden por la cual: 1.º Se prohíbe á todo el mundo entrar en el pinar sin permiso escrito del gobernador de Alsweiler. 2.º Se manda prender á todo el que no siendo vecino de Marpingen ó sus inmediaciones sea encontrado en el pueblo sin razon que justifique su estancia. 3.º Se impone la multa de quince á ciento cincuenta marcos, ó prisiön de ocho días á tres meses á todo el que promueva ó tome parte en una peregrinación ó visita á Marpingen, y la persona que no quiera separarse de la reunión á pesar de las instancias de las autoridades, sufrirá la pena de diez años de presidio.

El sitio donde las niñas han visto á Nuestra Señora está vigilado noche y día por dos polizontes.

Ha nacido allí una fuente que la policía ha hecho cercar, pero el agua ha brotado en otro sitio accesible al pueblo.

Multitud de extrangeros visitan continuamente aquel punto, lo examinan cuando y como pueden, hacen una breve oración y llevan consigo un poco de aquellas aguas.

Las apariciones continúan con intervalos de algunos días.

La niña que solo la vió la primera vez ha obtenido la gracia de volverla á ver con sus otras dos compañeras.

Una de las veces la Aparición encargó á los enfermos por medio de las niñas que dijeran durante ocho días el «Veni Sancte Spiritus, y el Sub tuum praesidium.»

Las niñas aseguran haber visto en una ocasión á la Madre de Dios con su divino Hijo en los brazos, y una paloma blanca sobre su cabeza. Otra vez se les presentó con dos Angeles á su lado, y les ha manifestado que las apariciones continuarian durante trece meses mas.

El párroco de Alsweiler asegura que se han verificado muchas curaciones maravillosas, unas haciendo uso del agua del manantial, otras orando en el sitio de la aparición, y que se han comprobado y hecho constar por escrito las particularidades y circunstancias de cada caso.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.